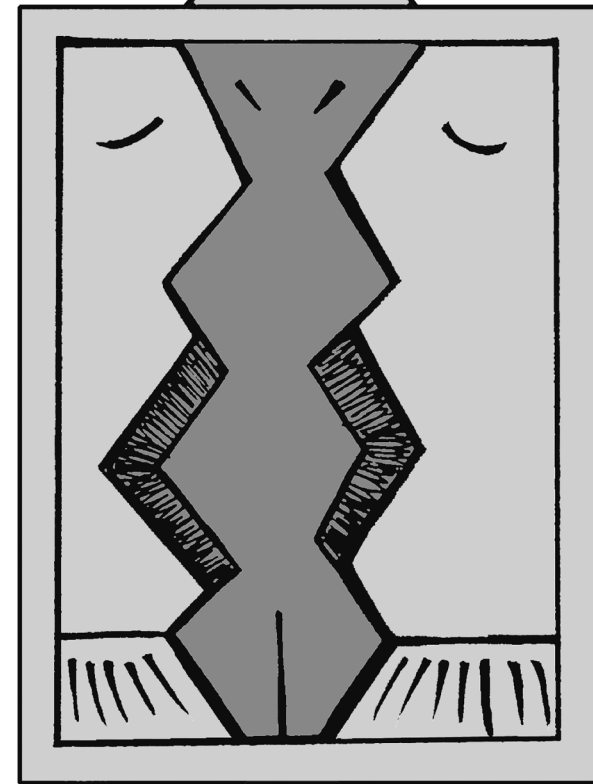


ἘΝΔΟΞΑ



UNED Editorial

ISSN 1133-5351
9 771133 535004 02610

UNED

Series

Filosóficas

Nº 26

LA PRIMAVERA ESTRUCTURALISTA. LACAN Y EL LENGUAJE

STRUCTURALIST SPRING. LACAN AND THE LANGUAGE

Luis FRANCO GARRIDO*
Universidad Complutense

RESUMEN: La ambigüedad entre el aspecto representativo y el aspecto genético del lenguaje sirve de estrategia en este escrito para dilucidar cómo lo simbólico, en Lacan, articula el paso entre lo imaginario y lo real. Este tránsito, que en los textos lacanianos se esboza a partir de la crítica a la práctica asociacionista, puede ser expresado en términos de posibilidad, lo que permite presentar la holgura por la cual el carácter constitutivo de la estructura simbólica escapa a dicha reducción conceptual. De ahí que en estas páginas se tome la anfibología del lenguaje para ensayar una lectura de los vértices fundamentales que en Lacan trazan la figura de la subjetividad más allá del dominio de la representación.

PALABRAS CLAVE: Estructura, lenguaje, simbólico, posible, inverosímil y cadena significante.

ABSTRACT: The ambiguity between the representational aspect and the genetic aspect of language is used in this paper as a strategy to clarify how those symbolic, in Lacan, articulates the way through the imaginary and the real. This transition, which is outlined in lacanian texts from the criticism to the associationist practise, can be expressed in terms of possibility, what allows the presentation of the looseness due to which the constitutive character of the symbolic struc-

* E-mail: lfrancog@hotmail.com

ture escapes to that conceptual reduction. Hence in these pages the ambiguity of language is taken to try out a reading of the fundamental vertices that draw the figure of subjectivity in Lacan beyond the domain of representation.

KEYWORDS: Structure, language, symbolic, possible, unlikely, and signifying chain.

En 1968 el lenguaje, al compás de la calle, parecía desquiciarse. Este año bañado por lo *poético*, marcado por el mes de mayo como si todo ese tiempo se concentrara en el periodo eléctrico que va de Nanterre hasta la noche de las barricadas, como nos invitaron a pensar Deleuze y Guattari, «no ha tenido lugar». Y ciertamente reconocer mayo del 68 como un acontecimiento de la Historia francesa sería contradecir el espíritu de una revolución que desbordaba la Historia desde las costas de California hasta las selvas de Vietnam tomando el camino que había de atravesar Europa y no recortarse por el Pacífico.

Sin embargo, este contagio revolucionario no tuvo lugar en el sentido de que no existió un hecho aislado o un entramado concreto de intereses que motivara la explosión estudiantil y el choque violento de la imaginación contra el poder del Estado¹. Este «no tener lugar», como señalaba Lacan —en otro contexto², claro está, pero de gran utilidad aquí expositiva—, resulta vertiginoso por la ausencia no tanto de un lugar, ya que un espacio vacío es articulador, sino por la falta de *algo* que lo ocupe. De alguna manera ese espacio nos resulta profundamente ajeno, desconcertante y extraño, pues no puede alcanzar a llenarse nunca. Dicha imposibilidad es similar a la de seguir un movimiento sin móvil alguno, que al fin y al cabo, era lo que ocurría en las calles durante el 68: lo imposible, muy cerca de lo impensable. Pues, ¿cómo alcanzar un movimiento sin móvil?, ¿un lugar sin ocupante o un acción sin agente? La respuesta, la dio entonces el mismo Lacan cuando afirmaba que lo ocurrido en el 68 fue que las estructuras salieron a la calle. La estructura es precisamente lo que permite pensar lo imposible, pues permite seguir un movimiento por cada uno de sus puntos o elementos

¹ G. Deleuze y F. Guattari, «*Mayo del 68 nunca ha ocurrido*», *Dos regímenes de locos*, Pre-Textos, Valencia, 2007, p. 203.

² Nos referimos a «*El seminario sobre "La carta robada"*», *Escritos*, RBA, Barcelona, 2006; según la edición cedida de Siglo XXI, trad. cast. de T. Segovia.

vacíos, en tanto que estos vértices de la estructura no disponen de una naturaleza más allá de la oposición que ocupan en la misma. El movimiento compone la estructura³.

Ahora, si hemos evocado el punto de quicio que supuso el 68 para el lenguaje, es precisamente porque éste es lo único capaz de vehicular el salto hasta lo impensable o de aferrarse como una herramienta para lograr que lo imposible se torne viable y cruce hasta el extremo de su antagonista, lo posible. Todo ello más allá de los lemas que acompañaban las manifestaciones de aquel mayo o que decoraban los muros exigiendo una mayor dosis de realidad al demandar lo imposible. Incluso sin considerar esa adecuación irónicamente preformativa de buscar la playa bajo los adoquines de París y acto seguido arrojárselos a las filas de policías que se protegían del sol con sus cascos y sus gafas de cuero. Sin atender también al sentir de la filosofía del siglo XX, donde la lingüisticidad del ser se convierte en el punto de partida de toda lectura ontológica y política, si se nos permite la tosca y precipitada distinción, pues el contexto aquí es más estrecho que el de una historia de las ideas. El lenguaje constituye entonces el tránsito *hacia* lo posible, porque lo sostiene, lo alimenta; porque el lenguaje es precisamente la estructura por antonomasia. A condición, habría que añadir, de que la naturaleza del lenguaje, por decirlo así, no sea la de lo posible. Al lenguaje, en cuanto tal, le corresponde escaparse de las categorías de lo posible y lo imposible. En unos términos más próximos a Lacan, podemos afirmar que el lenguaje es lo simbólico. Expresión esta que es necesario complementar con la distinción entre lo imaginario y lo real, donde el criterio que gobierna no es más que el de lo posible. Mientras lo real, como ha mostrado Althusser con gran acierto en más

³ «Los elementos de una estructura no tienen ni designación extrínseca ni significación intrínseca. ¿Qué queda? Como Lévi-Strauss señala con rigor, no tienen nada más que un sentido: un sentido que es necesario y únicamente de «posición». No se trata de un lugar en una extensión real, sino de sitios y lugares en un espacio propiamente estructural, es decir, topológico. Es estructural el espacio, pero un espacio inextenso, preextensivo, puro *spatium* constituido progresivamente como orden de vecindad, donde la noción de vecindad tiene inicialmente un sentido ordinal y no una significación en lo extensivo. O bien en biología genética: los genes forman parte de una estructura en cuanto son inseparables de los loci, lugares capaces de cambiar de relación en el interior del cromosoma. En una palabra, los lugares en un espacio puramente estructural se sitúan primeramente en relación a las cosas y a los seres reales que vienen a ocuparlos, y también en relación a las funciones y a los acontecimientos siempre algo imaginarios que aparecen necesariamente cuando son ocupados». Gilles Deleuze, «¿En qué se reconoce el estructuralismo?», hoy recogido en *La isla desierta y otros textos*, trad. cast. José Luis Pardo, Pre-Textos, Valencia, 2005, p. 227.

de un título, es el conjunto de los sujetos y condiciones fácticas, lo imaginario es el modo en que esos mismos sujetos se dan una relación con esas condiciones. Tomando los conceptos en su sentido más lato podemos considerar que lo que se denomina realidad es aquel compuesto entre lo dado y el modo de relacionarse y configurarse los sujetos en torno a esos elementos. La cultura, la sociedad, la política y otros tantos sustantivos son expresiones de este compuesto que hace tiempo define el vocablo alemán: *Weltanschauung*. En definitiva, una componenda entre un mundo y su imagen. Lo imaginario queda entonces estigmatizado porque como posible ya está en juego en el mundo, pero en tanto que imposible o inverosímil queda fuera del mismo. Ahora, nada impide que cualquier configuración de lo imposible, de lo imaginario, se vuelque sobre lo real, salvo esa barrera de lo posible, a la cual le ha de corresponder la maleabilidad como cualidad. Eso sí, aquello que define hasta qué punto puede torcerse la realidad, puede flexionarse el límite entre lo verosímil y lo inverosímil, es lo simbólico. De ahí, que gran parte de este territorio, esté plagado de resistencias y represiones como mostrara el psicoanálisis.

Afirmar entonces que el lenguaje es lo simbólico es quizás apuntar una hipótesis que simplifica o desvirtúa a ambos. No podrá negarse en ningún caso la gran carga representativa del primero, y la oscura inaccesibilidad que ofrece el segundo. Sin embargo, lo que si podemos considerar es que la estructura funciona como lo simbólico, es decir, que más allá de sus elemento y relaciones, sus mecanismos se hunden en un terreno donde todo es posible e imposible a la vez. Y por esta razón, el lenguaje es la vía de acceso a lo simbólico. De esta manera, *el lenguaje* podría ser caracterizado, desde una posición estructural, como aquello que *es la medida de lo simbólico según lo imposible y lo posible*. Cabe argumentar, como sucediera con aquella expresión de la *Física* aristotélica, que evoca este acercamiento provisional al lenguaje, y según la cual el «tiempo es la medida del movimiento según el antes y el después», que lo definido se contiene en la definición. En apariencia todo lo indica así, ya que el lenguaje se muestra según una gramática, ateniéndose a sus posibilidades, que se articula desde *la regla* de la representación (véase unas líneas más adelante sobre el Modelo y la copia). Pero al igual que ocurriera en la sentencia de la *Física*, que el primer tiempo no fuera el mismo que el segundo, la reducción del lenguaje al conjunto de articulaciones posibles de sus usuarios, a los juegos de su gramática, implica reducir toda su potencialidad *poética* a favor de la *práctica* y la *teoría*; es decir, se obvia su carácter genético al tomar los efectos por las causas, las expresiones y proposiciones

por el origen del lenguaje. En la definición del tiempo aquello que se definía era el tiempo cronológico, del cual se afirmaba que para su pasar —parece oportuno afirmar lo siguiente con un verbo de tránsito, de devenir, más que con la cópula del ser—, encontraba un tiempo distinto o desligado del movimiento de medida que organizaba desde la holgura de sus ritmos la retención y la anticipación de los presentes numéricos. En el caso del lenguaje ocurre parecido, pues las reglas gramaticales muestran las combinaciones usuales del lenguaje, pero no alcanzan a señalar el fondo que permite ese juego de combinaciones, el origen de las mismas⁴. Las limitaciones de la posibilidad no pueden ser equiparadas entonces a las del lenguaje, pues para que eso sea así, el lenguaje ha de ser considerado únicamente en la faceta estática que le ofrece la representación y no en su aspecto dinámico o creador.

En efecto, el lenguaje sirve de acceso a lo simbólico porque utiliza lo posible y lo imposible como el umbral por el que ha de transitar toda determinación para alcanzar lo real o lo imaginario. Son estos conceptos, los que de modo lato hemos agrupado en el término realidad, los que son subsumidos bajo la categoría de posibilidad. Al concepto de lo simbólico, en cambio, le ha de corresponder, como veremos, otra naturaleza⁵. Si el lenguaje se mueve en esa anfibología entre los conceptos de lo real, lo imaginario y lo simbólico es porque de un lado está conectado, en cuanto lugar de las proposiciones y expresiones, a la representación y a su uso cordial y confiado (*parole*, tal vez), mientras que por el otro,

⁴ Es importante recordar que Lacan toma el aspecto comunicativo como vector de análisis en «*Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*», *Escritos en Obras Selectas*, RBA, Barcelona, 2004, pp. 227 y ss.

⁵ Por ejemplo, Jean-Marie Auzias explicaba: «Para Ricoeur, el símbolo freudiano tiene una realidad asegurada, pero significa y remite a otra parte, a una trascendencia adivinada, develada. Para Lacan, esto es falso. De este modo, si el hombre llega a pensar el orden simbólico, es porque está ya, de antemano, atrapado en él con todo su ser...». *El estructuralismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, p. 142. La cita propuesta por Jean-Marie Auzias pertenece a «*El seminario sobre "La carta robada"*», dicha cita continúa de la siguiente manera: «La ilusión de que él lo habría formado por medio de conciencia proviene de que es por esa vía de una abertura específica de su relación imaginaria con su semejante como pudo entrar en ese orden como sujeto. Pero no pudo efectuar esa entrada sino por el desfiladero radical de la palabra, o sea el mismo del que hemos reconocido en el juego del niño un momento genético, pero que, en su forma completa, se reproduce cada vez que el sujeto se dirige al Otro como absoluto, es decir como el Otro que puede anularlo a él mismo, del mismo modo que él mismo puede hacerlo con él, es decir haciéndose objeto para engañarlo». En *Escritos en Obras Selectas*, RBA, Barcelona, 2004, p. 47.

no puede más que soportar, como un lastre que le empuja hacia la profundidad, el lugar creativo donde las determinaciones aún están como en bruto. Ese lugar, sin ubicación alguna o por el contrario, con el don de la ubicuidad, es el de lo simbólico. Un *spatium*, un puro espacio, cuya característica es la de ser lo determinante, y no lo determinado. Aquello que permite el tránsito de las indeterminaciones a un determinado contenido. Que en el hilo del lenguaje, supone el paso de un continente semiológico a un contenido semántico.

Por la insistencia de ese lado de la representación decimos que el lenguaje tiene un uso práctico y teórico, pues se extiende organizando esa comunidad (haciendo *polis*, que no política) y se contrae en la distancia necesaria para poner en claro aquello de lo que habla (aunque en ocasiones sobrevuele todo ese juego cotidiano del buen sentido). De este modo un adoquín del tranquilo Barrio Latino siempre será un adoquín situado aquí o allí, con su volumen justo y su materia determinada para hacer una juntura, más o menos exacta, con los otros situados en sus lados. Y difícilmente, dentro de este orden, se podrá arrancar del suelo para buscar debajo la arena de la playa y convulsionar aquel Barrio Latino con espontáneas barricadas. Todo preparado como para dejar en suspenso el dominio de la representación, y arrastrar el lenguaje hacia el otro lado, a base de romper con los hábitos romos del sentido común, extraerlo del ejercicio meramente significativo, a favor, todo a favor, de un terreno simbólico, productivo o poético.

En Lacan, esta ambivalencia del lenguaje aparece como elemento fundamental del psicoanálisis. Primero como único elemento del método, y segundo, como expresión propia del fenómeno psicoanalítico o del objeto científico. Nuestro discurso, pues, se articulará entre estas dos orillas inseparables del lenguaje, aunque sufrirá los ritmos sincopados fruto del paso de una a otra.

El método psicoanalítico recoge el primer aspecto del lenguaje. Así el lenguaje es donde el sujeto queda esencialmente escindido, allí aparece constituido como un ser incompleto que necesita ser «reina, rey»⁶, madre o padre para reco-

⁶ Estos ejemplos responden a una de las frases con las que más disfruta Alicia en *Al otro lado del espejo*, «Juguemos a que yo era...». Este simple juego contiene todo el entresijo de momentos, leyes y órdenes del psicoanálisis lacaniano. Sirva esta nota para referir el resto de anotaciones sobre Lewis Carroll al capítulo I. *La casa del espejo*, de *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, edición en castellano, Cátedra. Madrid, 1999.

nocerse; pero esta vinculación con un modelo sólo ocurre por la mediación del lenguaje, que facilita el salto de un extremo a otro del verbo. Ahora, esta especie de función de clave de bóveda del lenguaje resulta puramente representativa sólo cuando se toma el verbo en sentido absoluto, de manera que incluso en los verbos copulativos el atributo queda fijado al sujeto como algo irrevocable. Es entonces cuando ese cierre torna la relación entre el sujeto y su predicado según un vínculo de semejanza y una regla de identidad. Sin embargo, este papel unificador del lenguaje entre dos partes deslavazadas —a saber, la del sujeto y la de la acción que se le ha de atribuir, aunque fuere la pura existencia o la mera inmovilidad—, omite la virtud, o la indecisión, receptiva del sintagma que desarrolla o sufre la acción del verbo. Dicha flexibilidad corresponde tanto a la apertura esencial a toda subjetividad, la cual no procede tanto del dubitativo carácter moderno como de la propia naturaleza de la acción, la cual liberada del dogal teleológico (quizás incluso teológico, pues hay una reducción primera de la acción al verbo, y de éste a la Palabra) no puede más que encontrarse en perpetuo devenir. Comprendemos ahora, volviendo a la terminología gramatical, que la función de clave de bóveda del lenguaje no sólo se apoya en los extremos que cierra en la identidad, sino que sustenta bajo ese arco la muchedumbre de determinaciones, como hemos señalado, que ha de jugarse entre la indeterminación de los sustantivos —el común de los nombres es un claro ejemplo, de que de primeras no hay diferencia con el nombre común—, y las flexiones del verbo en sus tiempos, en sus modos y en sus voces.

Pero para llegar hasta este punto de borradura sustantiva y significativa en el lenguaje, hasta aquel lugar previo a la determinación, a lo simbólico, es preciso desarrollar algunas consideraciones respecto al método empleado por el psicoanálisis siguiendo el lado representativo del lenguaje.

Bajo esta perspectiva podemos seguir los análisis de Lacan a partir de la revolución del psicoanálisis freudiano, de los elementos que determinan el método para alcanzar lo simbólico. Es preciso destacar en primer término, el carácter gregario de los fenómenos psíquicos, ya que la vía por la que se accede a ellos es «el testimonio que acerca de fenómenos tales da el sujeto mismo». Testimonios que a la fuerza componen «una función de relación de lo social»⁷. Si bien este primer

⁷ Lacan, «*Más allá del "principio de realidad"*», *Escritos*, en *Obras Selectas*, RBA, Barcelona, 2004, p. 74.

aspecto resulta significativo por sí, según el cual ya puede trazarse una línea de sentido, cierto es que de *sentido común*, entre el fenómeno aislado y un conjunto de significados admitidos aunque sean tachados algunos de falsos o ilusorios —precisamente esto es lo que permite establecer una posibilidad—, el potencial de lo simbólico, de las reacciones psíquicas, no puede concluir ahí, sino que es preciso que aquel fenómeno independiente lleve a un conjunto mayor donde venga a formar parte de un relato al cual se suma como uno de los argumentos en juego. Así, el segundo aspecto del método es la condición psicoanalítica de que «hay que comenzar por no elegir». Condición paradójica, en lucha con el común de los sentidos, el cual nos dice que para empezar hay que decidirse por algún inicio. Pero es precisamente esta insistencia en lo paradójico, en lo opuesto al sentido común, lo que Lacan logra destacar al afirmar que el *testimonio*, que se presta al psicoanalista para que sea recibido tal cual se ofrece, no puede ser sesgado por una posición previa. De ahí que *la experiencia analítica*, como nos enseña el propio Lacan, se base en tres leyes: *de no omisión, de no sistematización y de asociación libre*.

Ahora, el psicoanálisis de Freud, como muestra Lacan en *Más allá del «principio de realidad»*, supone una revolución no sólo con respecto a la psicología asociacionista sino que también muestra un nuevo acceso, constitución, o reparto del teatro del mundo⁸, de eso que llamamos realidad en sentido lato. Hasta Freud es como si la psicología, influida por la filosofía postkantiana, mantuviera en lo esencial los términos del maestro de Königsberg, al partir de una división entre fenómenos (incluyendo «el fenómeno mental») y el ejercicio de una conciencia. Ciertamente que los términos para reorganizar «la función de lo real» no casan con los de la filosofía crítica, la cual halla en la experiencia el elemento necesario para apoyar cada una de las condiciones puras del conocimiento, de la práctica y de la estética, pero encuentra en ella la firmeza del principio de identidad. Así, como muestra Lacan, la psicología asociacionista hace derivar por entero dicha «*función de lo real*» de «*la función de lo verdadero*»⁹.

⁸ Un buen ejemplo de esta nueva configuración es el ofrecido por J. L. Pardo al hilo del concepto greimsiano de actante: «en una representación teatral, las *personas* de los actores que escenifican la obra pertenecen al orden de lo *real*, los *personajes* a quienes los actores representan están en el dominio de lo *imaginario*, mientras que los actantes (por ejemplo: la función de “colaborado que ayuda al héroe a encontrar a la persona que busca”, y que puede ser desempeñada por diferentes personajes y, por tanto, representada por diferentes actores) se mueven todos ellos en el territorio de lo simbólico». *Estructuralismo y ciencias humanas*, Akal, Madrid, 2001, p. 17.

⁹ Cf.: Lacan, «*Más allá del “principio de realidad”*», op. cit., p. 69.

Pero, ¿qué quiere decir «función de lo real»? El artículo neutro de «lo real» nos hace pensar que no se trata de una noción que pueda ser aprehendida en la unidad de una conciencia o en alternancia sistemática de elementos más o menos *experimentales*¹⁰, así como, lo real, tampoco puede ser circunscrito a una circunstancia o coyuntura individual, o hacerse depender de una nota esencial de la naturaleza del hombre. En todo caso «lo real», como concepto neutro, ha de referir a un momento constitutivo de la subjetividad, siempre que entendamos que esa subjetividad se da en el juego de un conjunto —decir intersubjetivo sería redundante, mientras que objetivo crearía un conflicto entre las notas semánticas de ambos conceptos—; que esa subjetividad, decíamos, se da en un conjunto de relaciones¹¹; si se prefiere, que es el resultado de la efectuación de una estructura. De forma que la función de lo real, estará determinada a resolverse en la tarea de integrar una subjetividad al lugar que le corresponde en las relaciones estructurales, por sincrónicas que fueran aquellas. O lo que es lo mismo, una vez saltado el escollo abstracto del concepto, el único empeño de esa neutralidad de lo real es entregarse a la labor de hacer del sujeto un individuo y de inscribir en esa subjetividad particular los hábitos y costumbres de una cultura.

Por lo tanto, hacer depender la función de lo real de la función de lo verdadero, como ocurre en el psicoanálisis asociacionista, implica imprimir en esta hazaña del tránsito a lo social de la subjetividad, elementos, como puntos de partida y de llegada, que ya están resueltos de antemano. Así, el asociacionismo, dirá Lacan, se apoya en dos conceptos de los cuales anula inmediatamente su capacidad de análisis. Por un lado en el concepto de *engrama*, el cual pierde en manos del asociacionismo todo su potencial analítico al hacerlo «pasar al lado de los hechos experimentales en los que se manifiesta la actividad del sujeto en la organización de la *forma*» del elemento psicofísico. Según Lacan, de ese modo se echa a perder la virtud de dicho concepto que recogía «la hipótesis de la producción pasiva de este elemento»¹². Por otro lado, el concepto de *vinculación asociativa*,

¹⁰ Las condiciones de posibilidad que muestra la filosofía crítica no pueden por menos que ser experienciales en el sentido de que pertenecen de suyo a la experiencia, la legislan o la integran, sino fuera así no tendrían validez alguna. De ahí también que surja la paradoja de recurrir al espacio para hacer accesible el sentido interno, el tiempo.

¹¹ Recuérdese que Lacan no duda, en «*El seminario sobre “La carta robada”*», en referirse al carácter intersubjetivo, comunicativo si se prefiere, de lo simbólico a partir de la puesta en juego y en común de los sujetos en al cadena del significante.

¹² «*Más allá del “principio de realidad”*», op. cit., p. 69.

el cual se funda «en las experiencias del viviente, pero se extiende a los fenómenos mentales, sin que se critiquen en modo alguno las peticiones de principios, tomadas, tomadas precisamente, de los datos psíquicos de la similitud, no obstante ser tan delicada de analizar en sí misma. Así se ha introducido en el concepto explicativo el dato mismo del fenómeno que se pretende explicar»¹³.

En este punto es interesante recordar que los ejes principales de la representación son la identidad y la semejanza, en tanto que una funciona como forma de la ley y la otra como su contenido. Los conceptos filosóficos de lo Mismo y de la Copia no son antagonistas entre sí, más bien se complementan asegurando el círculo de la representación. Sin esa dualidad clásica que apoya una materia en el interior de una forma, la representación quedaría completamente inutilizada en el juego lingüístico, con todo lo que ello conlleva desde que nuestro ser contemporáneo es lenguaje. Por el contrario lo que se enfrenta de suyo, como ha insistido Deleuze, —al menos en esto términos, que recogen cierta influencia lacaniana—, al Modelo es el Simulacro. Ante la identidad, el concepto de Simulacro se zafa de la posibilidad lógica de ser subsumido bajo una relación de contradicción desglosando en el seno de la igualdad de $A = A$ los avatares y desventuras que se viven en ese tránsito, de tal forma, que si se puede aceptar semejante ecuación es a condición que pueda reconocerse que $A = A'$ (Alicia antes y Alicia después de atravesar el espejo). O mejor aún, que $A \rightarrow A'$ (donde la equiparación o la igualdad es sustituida por la afirmación de un devenir).

La identidad, la lógica de la identidad o el pensamiento basado en la dualidad de contrarios, ambos elementos característicos del dominio de la representación, se articula de manera derivada —como cuando desde de los efectos se escala a las causas, para dar con el principio—, en el desprestigio, por mentar de algún modo dicha maniobra, de la imagen. En lugar de la imagen, de aquello que se presenta en primer término a la construcción de la objetividad, la representación pone las notas determinantes del objeto o del cuerpo representado. Sin embargo, esta jerarquía de lo objetivo hacia la imagen, desde la Copia al Simulacro, de la Idea a la Copia, oculta toda una rica costumbre de superstición y prejuicio que cede la realidad de la imagen al objeto, y a su vez, proyecta este como imagen de una realidad mayor, la cual será imagen de una realidad última. Todo ello elevando esas determinaciones esenciales del objeto, de suyo insuficientes, a

¹³ Idem.

una naturaleza superior¹⁴. En cambio si se quiere atender a la imagen es preciso poner el acento en su naturaleza, en sus notas de *iure*, o considerarla desde un punto de vista ontológico y no óptico, no óntico; es decir, pensándola sin su dependencia al objeto o al cuerpo al que se antepone.

Pues bien, el asociacionismo, nos dice Lacan, cae en esta descalificación de la imagen al desvirtuar su «función de información» para la psicología. Con todo rigor Lacan menciona las virtudes de esta función esencial para el campo psicoanalítico, ya que más allá de «los papeles de la imagen como forma intuitiva del objeto», la imagen aporta la «forma plástica del anagrama» y la «forma generadora del desarrollo». El psicoanálisis de Freud muestra, según Lacan, la pérdida de esta función por parte del asociacionismo al reducirla a una «función de ilusión». Es en este momento cuando la psicología pierde todo el potencial de la imagen para analizar la función de lo real, coincidiendo, por así decirlo, con el momento de esplendor de la identidad, pero también cuando el psicoanálisis encuentra una veta para ejercer su crítica. La imagen es entonces desprestigiada, pues «de acuerdo con el espíritu del sistema [asociacionista], se la considera como una *sensación debilitada* en la medida en que da un testimonio menos *seguro* de la realidad, se la estima como el eco y la sombra de la sensación, identificada, de ahí, con su huella, con el engrama»¹⁵.

En efecto, en este punto se inserta la redefinición de la función de lo real en Freud. Como decíamos más arriba, la crítica del asociacionismo, como muestra Lacan, conlleva un planteamiento nuevo para la función de lo real. El debilitamiento ontológico de la imagen arrastra tras de sí la pérdida del valor analítico del concepto de engrama, a la par, que hace depender los vínculos asociativos a una «dialéctica trascendental» al reducir el fenómeno psicofísico al juego de una conciencia. Ambos movimiento hacen, en la psicología asociacionista, bascular toda la carga de la función de lo real sobre la función de verdad, definiendo los fenómenos de estudio en «una clasificación de valores»¹⁶. Para el asociacionismo,

¹⁴ Spinoza mencionaba en el Apéndice al libro I de la *Ética*, que esta especie de movimiento no era más que fruto de la superstición del hombre y de la ciega confianza en un plan divino como respuesta o principio de la realidad. A esta idea peregrina la sentencio el propio Spinoza como «refugio de la ignorancia».

¹⁵ Lacan, «*Más allá del "principio de realidad"*», op. cit., p. 71-72.

¹⁶ *Ibid.*, p. 71.

en palabras del propio Lacan, «los fenómenos psíquicos no se les reconoce realidad propia alguna: aquellos que no pertenecen a la realidad *verdadera* sólo tienen una realidad ilusoria. La realidad verdadera está constituida por el sistema de las referencias válido para la ciencia ya establecida, o sea, de los mecanismos tangibles para las ciencias físicas, a lo cual se añaden motivaciones utilitarias para las ciencias naturales. El papel de la psicología no es otro que *verificarlo* gracias a la determinación, por él, de sus fenómenos mismos que constituyen su conocimiento. En la medida en que es función de esta verdad, no es una ciencia esta pedagogía»¹⁷.

Por el contrario, y retomando ahora ese segundo aspecto del lenguaje dirigido hacia lo simbólico, encontramos que Lacan insiste, de la mano de Freud, en que esa función de verdad de lo real depende en primer término de un orden simbólico. De manera que la psicología, ya convertida en psicoanálisis, cambia su dominio científico a la par que reorienta la noción de lo real, pues su determinación del campo de análisis, su objeto, no es entonces lo real sino lo simbólico, y a través de este, su determinación en la función de lo real. Lacan será tajante en este sentido cuando exponga que el dominio de todo saber no está determinado ya por su pretensión de verdad, en tanto que adecuación a algo real, sino que «la verdad en su valor específico permanece extraña al orden de la ciencia: ésta puede honrarse con sus alianzas con la verdad, puede proponerse como objeto su fenómeno y su valor, pero de ninguna manera puede identificarla como su fin propio»¹⁸. Hasta tal extremo es importante esta reorganización del método, que Lacan reseña «los criterios vividos de la verdad» en tanto que evidencia, certidumbre y no contradicción para desbancarlos de su posición dominante y destacar en su espacio vacío que son el *orden mental, experimental y racional*, los que constituyen el ingreso de un saber y de un fenómeno en la familia científica que le corresponde. Cada uno de estos órdenes no responde ya a una instancia trascendental sino estructural a la propia actividad científica. Así, el orden mental hace referencia a la condición de que todo fenómeno sea comunicable, el experimental a la susceptibilidad del fenómeno de ser registrado, mientras que el orden racional, señala la obligación para el fenómeno de «insertarse en la cadena de identificaciones simbólicas, en las que su ciencia unifica lo diverso de su objeto propio»¹⁹.

¹⁷ Ibid., p. 72.

¹⁸ Ibid., p. 73.

¹⁹ Idem.

En una fórmula más directa podemos decir que para Lacan lo simbólico determina tanto lo real como lo imaginario²⁰. Si bien para que este carácter constitutivo de lo simbólico resulte efectivo es preciso reconocer el carácter lingüístico de su génesis como hemos insistido. En tanto que lo simbólico determina lo real, por decirlo así desde su *realidad* psicofísica, el análisis del objeto científico que es lo simbólico ha de articularse entonces en torno al lenguaje como vimos al inicio. En este punto es cuando el lenguaje torna completamente flexible y es capaz de mostrar las determinaciones que subsumen a los sujetos formados y a sus atributos cerrados, a los nombres propios y a la rigidez de los verbos. Se trata del tono relativo que toma el lenguaje para permitir predicaciones distintas. Lacan analizará, claro está que en otra terminología, esta virtud del lenguaje de expresar, bajo la clave de bóveda que constituye, la predicación de determinaciones para un sujeto dado, el potencial indeterminado que declina hacia el sujeto y el tipo de determinaciones que le son susceptibles. Es como si hubiera un fondo oscuro que sustenta el edificio entero del lenguaje, donde el espacio vacío que acoge el movimiento es lo simbólico, lo real es la superficie terminada de cada nave, y lo imaginario, el andamiaje que relaciona los puntos fijos y móviles de esa arquitectura.

Este movimiento, como señalábamos *supra*, es la estructura. Y volviendo a aquella primavera del 68, no resulta extraño que Lacan afirmara que eran las estructuras las que inundaban las calles, a pesar de que los muros de París dijeran lo contrario²¹, pues éstas estaban tomadas de un movimiento sin cesar que iba más allá de los estudiantes, de sus barricadas, de los obreros de los extrarradios o de los vecinos²². Lo que se movía era lo simbólico que permitía ofrecer nuevas posibilidades a un modelo social o de producción de lo político. De ahí que, cuando con el pasar de los días comenzaba a obviarse esa génesis simbólica, el propio Lacan cambiara esas palabras por aquella sentencia donde tachaba a los estudiantes de histéricos en busca de un nuevo amo²³. Lo que ocurría de

²⁰ Recordemos aquello que decía Lacan en «*El seminario sobre "La carta robada"*»: «Así sucede que si el hombre llega a pensar el orden simbólico, es que primeramente está apresado en él en su ser». *Escritos*, RBA, Barcelona, 2006, p. 46.

²¹ Es célebre el graffiti que negaba la salida de las estructuras a las calles.

²² Para una mayor profundización del desarrollo de los acontecimientos de mayo del 68 puede consultarse B. Astarian: *Las huelgas en Francia durante mayo y junio de 1968*, trad. F. Chalmeta, Traficantes de sueños, col. *historia*, 2008, Madrid.

²³ Cf., Slavoj Žizek, «*Mayo del 68 visto con tros ojos*», *El País*, 1 de mayo de 2008.

trasfondo, en el esperado fracaso de aquella revolución, era una sustitución de lo simbólico por la posibilidad. Así, Sartre podía afirmar en las páginas de *Le Nouvel Observateur* ante Daniel Cohn-Bendit, que «lo más interesante» de aquellas acciones impersonales —es grande la ironía de consagrar a Bendit como valuar-te de aquel mayo, pero dejemos esto al margen ya que requiere de una reflexión de la memoria y acerca de la Historia—, era que colocaban «la imaginación en el poder»²⁴, que se abrían a «la extensión del campo de lo sensible». En ese momento parece claro que la capacidad creadora de lo simbólico queda desgastada a favor de lo posible, en el movimiento de la revolución —fuera de episodios concretos—, surgen los iconos y las consignas cuasi propagandísticas y se retorna a lo que es considerado como lo posible por antonomasia: la realidad. El problema ontológico de fondo en esta confusión es que lo simbólico no puede soterrarse bajo la categoría de posibilidad, porque por decirlo así, jamás puede llegara efectuarse del todo. Es la condición de lo virtual —he aquí otro modo de llamar a este objeto del psicoanálisis—, que se conserve como un poso insoluble en los términos o en los elementos que pueblan la realidad. Al fin y al cabo, tanto lo posible y lo imposible pueden llegar a ser, mientras que lo simbólico no alcanza nunca a ser. Lo simbólico se encuentra así más cerca del concepto de potencia aristotélico, el cual en sus propios términos le corresponde ser un acto siempre pospuesto. Y en efecto, es esta naturaleza incompleta, inconclusa, siempre más allá de la posibilidad de su efectuación total, la que caracteriza este orden de lo simbólico como un irreal y como un imaginario.

Por eso que en esta primavera estructural, que aborrece de lo imaginario y de lo real, a lo simbólico se acceda por el lenguaje. Pero ya no considerando los elementos inmediatos del mismo, como las palabras, como tampoco las relaciones e imágenes sonoras que lo articulan, sino que «el lingüista estructuralista descubre un elemento de naturaleza totalmente diferente, objeto estructural»²⁵. Dicho elemento implica un momento físico, por decirlo así, propio del lenguaje representativo, pero que en esta instancia enfoca el objeto estructural, hace visible, *traduce*, lo simbólico.

²⁴ Cf., Catherine François y Santiago Auserón, «Por un presente apasionante», El País, Babelia, 19 de abril de 2008, p. 20.

²⁵ Deleuze, «¿En qué se reconoce el estructuralismo?», hoy recogido en *La isla desierta y otros textos*, trad. cast. José Luis Pardo, Pre-Textos, Valencia, 2005.

Este último aspecto del orden de lo simbólico que determinará la subjetividad parte, como señala Lacan en *el estadio del espejo*, del ritmo temporal de la alimentación, de la higiene, de los cuidados y de las atenciones de la madre que forman una primera ley de tipo *empírico*. Algo muy similar a lo que le ocurría a la Alicia de Carroll, quien sufría un sinfín de turbaciones en aquella *wonderland*, donde aquello que se come, se bebe o se ingiere, transforma al sujeto y *lo desplaza o lo condensa* hacia otra región de su ser²⁶. Pero también porque allí la función comunicativa del lenguaje queda como en suspenso por exceso, pues en esa región «maravillosa» aquello que se lee no corresponde con aquello que sucede; es decir, no hay conexión directa entre la cosa *descrita* por el significante²⁷ y la cosa esperada, concebida o conceptuada en el significado. De modo que aquella división que mantenía el dominio de la representación en el lenguaje, la ventaja de los usos gramaticales, o de la teoría y la práctica sobre la poesía, comienza a derrumbarse. Ya que en efecto, este primer aspecto empírico por el que se legisla el levantamiento del sujeto tiene todo el aspecto de ser una ley aleatoria, según la cual, sólo probando se puede conocer los efectos de algo, al igual que le ocurre a Alicia, quien una vez descubierta qué bebida o comida hace crecer o decrecer ya sólo ha de repetir en un tiempo aparentemente indefinido la misma operación, pero que en realidad viene marcado por el ritmo de esa repetición, por la presencia y ausencia de esos efectos²⁸. Ahora, estos efectos que pueden ser el crecer o el decrecer como el invocar y el repeler la presencia del *otro*, no pueden ser considerados de manera independiente del sujeto, porque se integran por completo en la perspectiva y en la expectativa de su acción. Todavía no ha tenido lugar la esperada y aparentemente necesaria distancia entre el objeto y el sujeto, entre las palabras y las cosas, por lo que aún se trata de una primera instancia presubjetiva donde todo se identifica: *tú eres uno y yo seré todos los demás*, dice

²⁶ Recuérdese que el desplazamiento y la condensación son las variantes a las que se reduce en Freud todos los mecanismos de elaboración de los sueños, son las leyes fundamentales que marcan el paso de la región latente a la manifiesta.

²⁷ Recuérdese la fuerte influencia de los estudios de Saussure en Lacan. En este sentido véase el trabajo de corte introductorio de Alain Vanier, *Lacan*, trad. cast., F. Martín Aribas, Alianza Editorial, Madrid, 1999, especialmente las páginas dedicadas a lo Simbólico, pp. 34-45.

²⁸ En el estadio del espejo la identificación con el *otro* constituye el primer momento, entiéndase de manera lógica y no cronológica, en la creación de la propia imagen, la creación del *moi-idéal*. El *otro* es considerado entonces como *uno* y *mismo* respecto del sujeto, el cual tiende a controlar estas presencias adecuándose con el «*da*» y el «*fort*» a sus apariciones y desapariciones.

Alicia. Y sin embargo, la grandeza de Lacan pasa por mostrarnos que esa distancia es irrelevante, pues la relación se establece, como en un cambio de moneda, de un significante a otro significante, lo que asegura el intercambio entre las «imágenes acústicas» o serie de fonemas; única forma susceptible, por otra parte, de que pueda realizarse esa *traducción* de «algo» en «todo lo demás» o del «yo» en «todos lo demás», al igual que ocurre con la moneda.

Lo paradójico para la constitución del sujeto es la necesidad de abandonar los presupuestos de asociación y los prejuicios de intercambio que habitan el lenguaje representativo, las transacciones del significante al significado para situarse en el dominio exclusivo del significante, en la soberanía de «Humpty Dumpty cuando recuerda a Alicia que después de todo él es el amo del significante»²⁹. Y es que sólo en aquella cadena puede producirse el medio o el vehículo para que el sujeto, apoyado en el *otro*, reconstruya su imagen. Operación que ocurre únicamente por el reflejo, por la propia reflexión de significante, de la palabra inserta o recogida junto a otras en una larga línea³⁰, y no a través del significado. Tal proceso supone un momento de alienación del sujeto que Lacan describe bajo los términos de la dialéctica³¹, de cierta rivalidad en el intercambio de significantes por el cual se accede a la anisada respuesta, a la acción esperada, al deseado objetivo o *al objeto deseado* según queda expuesto en el juego de posibilidades, de alternancias, que muestra la imaginación, que

²⁹ La referencia al personaje de Carroll es del propio Lacan, en «*Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*», op. cit., p. 282.

³⁰ Recuérdese que en «*Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*», Lacan, justo después de referirse al dominio o a la soberanía del significante —que por cierto, se encuentra inserto en una digresión sobre la interlocución o intersubjetividad según la «dialéctica» hegeliana o socrática—, anotaba Lacan allí, decíamos, que para retornar al terreno simbólico era necesario introducir de nuevo la palabra en el lenguaje: «Así pues volvemos a encontrar siempre nuestra doble referencia a la palabra y al lenguaje. Para liberar la palabra del sujeto, lo introducimos en el lenguaje de su deseo, es decir en el *lenguaje primero* en el cual más allá de lo que nos dice de él, ya nos habla sin saberlo, y en los símbolos del síntoma en primer lugar», op. cit., p. 282.

³¹ Explicaba Lacan en «*La báscula del deseo*»: «En el origen, antes del lenguaje, el deseo sólo existe en plano único de la relación imaginaria del estadio especular; existe proyectado, alienado en el otro. La tensión que provoca no tiene salida. Es decir que no tiene otra salida —Hegel lo enseña— que la destrucción del otro». *Seminario*, vol. I, p. 254.

³² El término *imago* es utilizado ya por Lacan en «*La familia*» como elemento esencial el proceso de identificación del sujeto. Posteriormente Lacan requerirá de un *tercer nominador* en la relación especular para completar aquella identificación. Dicha elemento complementario no es otro que el tránsito del sujeto, su inmersión, en o por lo simbólico.

deja ver *la imagen*³² como los gestos del rostro, como los vértices de la figura subjetiva, o como los pasos inquietos del movimiento incansable de lo imposible, de lo impensable.

De modo que sólo la cadena o el dominio del significante asegura, a la vez que permite su acceso, el salto de lo particular a lo universal, de lo subjetivo a la dimensión integradora del lenguaje, a lo intersubjetivo³³. Pero en esta especie de estado antepredicativo, de suspensión del significado, que Lacan concede al estadio del espejo, el reconocimiento de los primeros pronombres personales, el *tú* y el *yo*, no implica todavía la inserción del niño en el lenguaje simbólico, para tal estadio es necesaria la aparición del tercer pronombre personal que abre la cadena del significante a un desplazamiento, que permite en el lenguaje la deriva de las acciones o la oblicuidad entre el sujeto y la acción asignada. Dicho tercer pronombre ha de venir a romper aquel juego que Alicia proponía a su hermana, aquel juego de reconocerse o identificarse *en todos los demás*; juego donde Alicia insinuaba, dejaba entrever, que en esto de identificarse, que en la operación de reconocimiento, ese *todos los demás* implica la rivalidad respecto al *otro*, su hermana, pero también la obligatoriedad de que ese «*todos*» pase, incluso para ser asignado como lo demás o lo distinto, por el *yo seré* de Alicia, por el primer pronombre «personal». Y esto porque el *yo*, incluso con la dualidad de los términos *moi* y *je*, tiene la peculiaridad en su uso, la peculiaridad más manifiesta, de que la mera pronunciación de este monosílabo funciona similar a un espejo³⁴, pues tal instrumento refiere siempre a aquél que lo emplea a sí mismo. Ahora, y sin embargo, aquel tercer pronombre irrumpe en ese juego reflejo para restaurar el orden simbólico del lenguaje. Aparición que implica un desplazamiento, una oblicuidad que permite alcanzar el movimiento simbólico, el carácter genético del lenguaje, pues desenrolla la cadena del significante en la integridad del len-

³³ En este sentido podemos leer en «*El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*»: «El hecho de que su imagen especular sea sumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio *infans*, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal de su función de sujeto». Lacan, op. cit., p. 87.

³⁴ Respecto al paralelismo entre el uso del pronombre de primera persona del singular y el espejo, véase el artículo de Humberto Eco, «*De los Espejos*», en *De los espejos y otros ensayos*, Lumen, Barcelona, 1988, pp. 11-41.

guaje que deja de estar centralizado para establecerse ya no en una esfera, sino en un círculo o circunferencia que pasa desde el *yo* al *tú* por el tercer pronombre: *él, ella*, en definitiva, *ello*³⁵. Así, tras el intercambio de significante, bajo el trueque de la moneda de la palabra, surge la asimilación del lenguaje como aquello que da lugar al otro en sentido absoluto, lo que Lacan escribe como «*Autre*». De modo que tras el juego de la identidad donde el *yo* se confrontaba con otro, con un «*autre*», aparece como el enorme abismo, el enorme desafío de vivir el lenguaje como algo completamente independiente de los designio del sujeto, como aquello con lo que siempre hay que confrontarse o como el movimiento que saca al sujeto de sus acciones, que lo lleva fuera de sí, que lo produce fuera, *poiésis*. Esta irrupción abre, pues, en el entramado psicoanalítico, el acceso al lugar inaccesible para la imaginación, para lo real, allí donde no son válidas las articulaciones en términos de posibilidad, sino que se camina ya sobre la fina superficie de lo que constituye aquel juego, a saber, aquel terreno previo a las determinaciones que escapa incluso de ser atrapado bajo la nube de las indeterminaciones, porque ello constituye el tránsito precisamente entre ambos extremos, porque facilita el vínculo de lo real y lo imaginario, porque a fin de cuentas permite que «*tú*» llegues a *ser...* y que «*yo*» vaya con «*todo lo demás*». En definitiva, que *el inconsciente esté estructurado como un lenguaje*³⁶.

³⁵ Y si en efecto se necesita de un tercero que irrumpa en el sujeto estableciendo una dialéctica de la diferencia entre el sujeto y los objetos. Esta dialéctica del *otro* supone la disolución del estadio del espejo donde los objetos no son más que imágenes y efectos de un mismo ser: acontece junto al sujeto un *otro*. Este nuevo momento de la subjetividad, que Lacan denomina estadio edípico, viene determinado por la usurpación del padre de ese lugar intermedio del lenguaje, por la reducción a un único Significante la cadena que abría al lenguaje el *tú* y el *yo*. Al otro lado del espejo los objetos tienen profundidad, dejan de ser meras imágenes o son imágenes tridimensionales, complejas, donde se requiere de un medio *más, extraño, exterior*, para establecer su unidad. Esa nueva presencia viene representada en los análisis de la neurosis y al psicosis por la figura del padre, y por ella se van a instalar los órdenes y dominios del deseo; esto es, de la energía que habita lo simbólico impulsando sus movimientos.

³⁶ Ibid. p. 211. Louis Althusser ha señalado excelentemente que el objeto del psicoanálisis no es más que uno de los *efectos* que se producen en la transformación de *un animalito engendrado por un hombre y una mujer en una criatura humana*. Tal efecto es llamado simplemente *inconsciente*. L. Althusser, *Freud et Lacan, La Nouvelle Critique*. Edición española en Cuadernos Anagrama, n.º 5. Barcelona, 1970.

Bibliografía

- ALTHUSSER, L. (1970). «Freud et Lacan, *La Nouvelle Critique*», ed. española en Cuadernos Anagrama, n.º 5. Barcelona.
- ASTARIAN, B. (2008). *Las huelgas en Francia durante mayo y junio de 1968*, Traficantes de sueños, col. *historia*, n.º 7, Madrid.
- AUZIAS, J.-M. (1970). «*El estructuralismo*», Alianza Editorial, Madrid.
- CARROLL, L. (1999). «*A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*», Cátedra. Madrid.
- DELEUZE, G. (2005). «¿*En qué se reconoce el estructuralismo?*» *La isla desierta y otros textos*, Pre-textos, Valencia.
- DELEUZE, G y GUATTARI, F. (2007). «*Mayo del 68 nunca ha ocurrido*», *Dos regímenes de locos*, Pre-Textos, Valencia.
- ECO, H. (1988). «*De los Espejos*», en *De los espejos y otros ensayos*, Lumen, Barcelona.
- FRANÇOIS, C. y AUERÓN, S. (2008). «*Por un presente apasionante*», El País, Babelia, 19 de abril.
- LACAN, J. (2006). «*Más allá del "principio de realidad"*», «*El seminario sobre La carta robada*», «*Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*», «*El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*», en *Escritos*, en *Obras Selectas*, RBA, Barcelona, según la edición de Siglo XXI.
- PARDO, J. L. (2001). «*Estructuralismo y ciencias humanas*», Akal, Madrid.
- VANIER, A. (1999). «*Lacan*», Alianza Editorial, Madrid.
- ZIZEK, S. (2008). «*Mayo del 68 visto con tres ojos*», El País, 1 de mayo.

Recibido: 11 / 05 / 2010

Aceptado: 31 / 07 / 2010